

657 R/p

EL PENSAMIENTO DE SALAZAR

REPAROS A LA CAMPAÑA ELECTORAL

*DISCURSO PRONUNCIADO POR EL EXCM.^o SR. PRESIDENTE
DEL CONSEJO, DOCTOR OLIVEIRA SALAZAR EL 5 DE
NOVIEMBRE DE 1965*

SECRETARIADO NACIONAL DA INFORMAÇÃO

LISBOA



1965

. 829

657-Itp



REPAROS A LA CAMPAÑA ELECTORAL

EL PENSAMIENTO DE SALAZAR



REPAROS A LA CAMPAÑA ELECTORAL

*DISCURSO PRONUNCIADO POR EL EXCM.^o SR. PRESIDENTE
DEL CONSEJO, DOCTOR OLIVEIRA SALAZAR EL 5 DE
NOVIEMBRE DE 1965.*

SECRETARIADO NACIONAL DA INFORMAÇÃO

LISBOA



1965



INCORPORAÇÃO

5111/528

REPAROS A LA CÁMARA ELECTORAL

REPAROS A LA CÁMARA ELECTORAL

REPAROS A LA CÁMARA ELECTORAL

Me dicen que es preciso que diga algunas palabras en la clausura del periodo electoral. A pesar de que dude de la necesidad, obedezco a la creencia ajena, aunque limitaré mis consideraciones a dos o tres breves reparos.

En verdad, la campaña se desarrolló casi enteramente en la ausencia y en el silencio del núcleo opositor. Y tengo pena que así fuese, aunque no porque reconociese ventaja en que los trabajos de la Cámara transcurriesen en una atmósfera de pasiones, con perjuicio de la completa libertad de pensamiento a que en tales asambleas debería siempre subordinarse la discusión y el voto. La razón es otra. Al no haber desistimiento de los candidatos tendríamos la ventaja de ideas más desarrolladas o de críticas más substanciales de las que constan en los manifiestos publicados. Además de ello podríamos confrontar el número de personas que las compartían con el de aquellas que sin más discusión y en virtud de posiciones adoptadas en principio, las pudieran luego rechazar.

Cuando en la penúltima elección presidencial se comprobó que el candidato opositor contaba a su favor cerca de un cuarto de los votantes, pudimos saber cuantos de los portugueses preferían cambiar por otros, más estafalarios e imprevistos, los métodos de la gobernación y deseaban sustituir por una síntesis de contradicciones los conceptos fundamentales sobre los que la Nación ha afirmado su personalidad, basado su pro-

greso e intentado garantizar su futuro. Y en virtud de la misma comparación de los números quedó de igual forma inequívocamente demostrada la legitimidad de un mandato que provenía de más de las tres cuartas partes del electorado y de la adhesión maciza de las conciencias — en definitiva, el mayor número — que no tenían medio de expresarse en las urnas. Eso fué positivamente beneficioso, a pesar del desgaste provocado, en el buen nombre y el crédito del país, por una campaña completamente opuesta a nuestra sensibilidad.

*

* *

Los documentos de la campaña opositora fueron apenas cuatro, a tres de los cuales la prensa dió la mayor difusión posible. Únicamente uno no pudo ser publicado por la razón de que no consideramos protocolario que los reclamantes fijaran al Jefe del Estado el plazo en que había de resolver sus pretensiones, incluso aunque fuesen legítimas, y que, en este caso, no lo eran.

El manifiesto, en el que justificadamente podría esperarse encontrar un sistema de ideas que pudiera prosperar, un programa de soluciones a defender o indicaciones de problemas a discutir en las sesiones parlamentarias, me pareció haber dado preferencia a críticas estériles sobre la acción del Gobierno o de las autoridades y a apreciaciones inelegantes salpicadas de sospechas graves: en vez del futuro para el que nos encaminamos, se ocuparon retrospectivamente del pasado bueno o malo, que ya fué vivido. Así, en los temas principales fué referida la censura a la prensa, la situación de los detenidos por la Policía Internacional, la no traducción de un informe de la ONU que supusimos que era inteligible en las lenguas oficiales de la Organización, y, sobre todo, las investigaciones acerca del asesinato del ex General Delgado, a cargo de las

autoridades judiciales del país vecino y cuyo atraso se debería a la incuria de nuestras propias autoridades.

El ex General trabajó conmigo durante muchos años y tan continuada labor en común deja siempre vestigios en nuestro espíritu, independientemente del calor humano que rezuma de las relaciones personales.

No obstante la inteligencia, el dinamismo, la honestidad natural, lo cierto es que la impetuosidad del carácter y sus desconcertantes actitudes imprimían a su acción la marca de lo imprevisto y de lo inconsistente. Enamorado de ciertos aspectos de la vida política americana que le insufló el espíritu, ya predispuesto por el veneno de la suficiencia y de la espectacularidad, creyó conveniente y fácil importarlos en Portugal, donde las tradiciones de jerarquía, de comedimiento, de dignidad del poder, se le oponían frontalmente. Así, se presentó candidato a la Presidencia de la República y en su campaña se reveló como un verdadero genio de la agitación. Y como las masas reaccionan en todas partes de la misma manera cuando son arrulladas en olas de emoción, en torno de promesas locas y ambiciones y odios reprimidos, llegó a causar recelos, pero no constituía verdadero peligro. En este país de costumbres dulces y de vida calma, la aventura transplantada para la región de los altos órganos del Estado despierta en las conciencias reservas y desconfianzas invencibles. Fué, en todo caso, una bandera que sectores ideológicos extraños a su formación, no renunciaron a agitar en servicio de movimientos subversivos. Inconsideradamente a ello se prestó y en tierras extrañas; exilado sin razón sería y por voluntad más ajena que propia, se abrogó la paternidad moral de actos antinacionales y denigró el buen nombre del país. Por el Brasil, por Praga, por Argel, fué el polarizador, que, por otra parte, era el que más convenía al régimen, de la oposición revolucionaria, hasta que un día, cansado de la inutilidad de su acción, desengañado de las confabulaciones tenebrosas, traicionado tal vez por los que se con-

sideraban sus correligionarios, pareció haber tomado una decisión en términos definitivos: planear con otros conspiradores una revolución «inmediata» o entregarse a las autoridades portuguesas y «contarlo todo».

Siendo cierta la inviabilidad de cualquier movimiento revolucionario, a nosotros nos podría convenir que hablase; a otros, habría de interesarles más el silencio, que únicamente la muerte podría guardar con seguridad. Pero si las autoridades españolas consiguieran descubrir las circunstancias del crimen hasta los últimos pormenores, es muy posible que lleguemos a saber por otros lo que seguramente nos hubiera confesado a nosotros. He ahí por qué, aparte de otras razones, vemos en el caso el máximo interés y en esa conformidad hemos actuado con lealtad y prontitud.

*

* *

En el manifiesto de las oposiciones se planteó también la pretensión de que se discutiera con la máxima amplitud la política ultramarina que se viene realizando. La finalidad de la discusión sería la de determinar el grado de adhesión o de disconformidad del país con dicha política y definir qué otros caminos podrían conducir con mayor propiedad a la salvaguarda de los intereses nacionales. Evidentemente no podía caber en nuestro espíritu la idea de penetrar, por el momento, en tal pleito, pero es hábito de la democracia, en nombre de la cual se presentaban los candidatos, no tener nunca nada firme y concreto y recomenzar a cada paso las discusiones.

Sucedió, sin embargo, que el simple enunciado de la pretensión provocó por todas partes tan violenta explosión de protestas, que pudo saberse con facilidad cual era el sentimiento nacional. No sólo aquí, en el rectángulo europeo de Portugal, sino en los territorios atlánticos, en los de Africa, Asia u Oceanía y, sobre todo, en aquellas tierras que están siendo

víctimas de ataques feroces y objeto de ambiciones extrañas, las poblaciones reaccionaron con el espíritu profundamente ofendido ante la idea de que sus sacrificios pudiesen ser considerados inútiles y su derecho de portugueses invalidado por la arbitraria decisión de otros portugueses. Se demostró que era intolerable pensar siquiera que la Nación no apareciese como una y firme en torno de una realidad secularmente bien definida y considerada indiscutible y que pudiese parecer que dudaba de su buen derecho y poco segura en el propósito de hacerlo valer. El plebiscito gigantesco constituido por esas manifestaciones debe haber convencido a los hombres de buena fé de la inutilidad de una discusión.

Este no es el momento para ocuparme con amplitud del problema; espero que, dentro de poco tiempo, pueda versar ante vosotros el tema de la política africana de nuestros días, los errores de concepción de que partió, y de los catastróficos resultados a que ha conducido a los pueblos, por definición supuestos beneficiarios de tal política. Lamento, no obstante, que siendo el caso portugués considerado hoy, de manera unánime entre los responsables, como un caso aparte en los problemas de la colonización, existan portugueses que se ocupen de él como susceptible del trato en serie, desastroso, en realidad, que se ha aplicado a otros. El caso es que me cuesta trabajo creer que exista tanto desconocimiento sobre los datos de la cuestión y de su gravedad; mas bien, me veo obligado a pensar que la tendencia para la agitación política fué en algunos suficientemente fuerte para inducirlos a intentar sacrificarle, en lo posible, los mayores intereses de la Nación.

*

* *

La realidad es que el régimen en que vivimos después del 28 de Mayo ha sido impermeable a la histeria política que anda por el mundo; y ese es el motivo por que es corriente en las

oposiciones la referencia a nuestro *inmovilismo*. El vocablo quiere decir que políticamente no se marcha al ritmo de muchos países extranjeros; pero pienso que no se puede aplicar con justicia, como despreciativamente se hace, a la administración y ni siquiera al Gobierno en Portugal.

Una persona abre el periódico cada mañana y puede preguntarse a sí propia si aún existen más lugares en la tierra para conspiraciones, golpes de Estado, revoluciones, guerras, intervenciones militares, conflictos sociales, asesinatos políticos, depuraciones partidistas, luchas intestinas. Por toda Africa, por toda Asia, por toda América, a veces, incluso, en la misma Europa, está abierto y se arrastra un periodo de convulsiones que muchos absuelven con la idea de que tales calamidades corresponden a la gestación de un mundo nuevo. Pero de acuerdo con el nivel de nuestra comprensión, diríamos que los acontecimientos se deben, unas veces, a la inadaptación de las instituciones al genio de los pueblos y, otras, a la teorización del odio y de la violencia, llevada a efecto por sistemas doctrinarios en moda.

Se hace una Constitución, se elimina al Jefe del Estado, se dimite al Gobierno o, de manera más expeditiva, se asesina a los Ministros y a las altas autoridades. Y, después de mandar ametrallar al pueblo extraviado y confuso, se observa que se equivocó el camino y se vuelve al principio: regresan al Poder las fuerzas expulsas y vuelven a sustituirse los hombres y las instituciones, responsabilizadas por lo que únicamente es juego y lucha de intereses, cuántas veces extraños al país en que se produjeron los hechos.

Extasiados, muchos no ocultan su entusiasmo por tales acontecimientos y por la rápida y delirante transferencia de poder; esto sí; esto es vida política, activa, dinámica, progresiva. Ponderando sinceramente creo que el desorden puede ser una fatalidad, pero nunca es un bien. Los políticos imbuidos de teorías, sedientos de poder, enamorados de las mutaciones

revolucionarias, son, en verdad, una minoría insignificante de la Nación. Los elementos estructurales de ésta tienen otras preocupaciones y necesidades: la garantía del trabajo, la posibilidad de la educación, los medios de progreso, la seguridad de la vida y un poco de felicidad en la tierra.

Nosotros conocemos ya, de tiempos pasados, esa efervescencia política de gobiernos a días, Jefes de Estado muertos o destituidos violentamente, elecciones a tiros, discusiones a golpes. Y, a pesar de esa agitación que tanto movimiento daba a la vida política portuguesa, nadie se atreve hoy a decir que desea su repetición. La razón reside en que la agitación política es enemiga del buen gobierno y no se puede obtener rendimiento de los mejores espíritus sino dentro de atmósferas sanas y del funcionamiento regular de las instituciones.

Debemos considerar como gracia de la Providencia el haber conseguido, en las últimas décadas, un deseable equilibrio de nuestra vida política, que continua desarrollándose a un ritmo normal, con la elección o reelección de los Jefes del Estado en los periodos constitucionales, la formación regular de las Cámaras, la estabilidad de los Gobiernos y la actividad eficiente de la administración. No existe la pretensión de hacer creer que el bien del pueblo consiste y se reduce a esta normalidad; pero sí el interés vital de mantenerla, sin perjuicio de adaptaciones o renovaciones necesarias de acuerdo con los tiempos, para asegurar, con la conveniente resolución de los problemas, la vida y el progreso de la Nación.

Y es de esta forma como justifico la petición a todos los portugueses para votar en las próximas elecciones a diputados con, o sin oposiciones, firmemente, virilmente, ordenadamente, como afirmación de portuguesismo y profesión de fé.



EDICIONES
S·N·I
LISBOA

NB



EFG000051348